

reino, porque la obra era grave, el ánimo y brio de los naturales es poco; dándoles mas trabajos de lo que sus fuerzas y naturaleza pide, es matarlos: todos los demas dieron voto, y fueron de parecer que se hiciese: contradije á todos ellos dando razones y causas bastantes y suficientes, por donde no tuvo efecto lo intentado.... » (1)

Humboldt asegura que los « dos hombres inteligentes » que propusieron al Gobierno abrir entonces el cañón de bóveda, entre el cerro de Sincoque y la loma de Nochistongo, fueron el Lic. Obregón y Arciniega. « Realmente, agrega, era este punto el que debía, más que otro alguno, fijar la atención de quienes habían estudiado la configuración del terreno mexicano: porque es el más inmediato del río de Cuautitlan, que en efecto es el enemigo más peligroso de la capital, y en ninguna parte son las montañas menos altas ni presentan menos masa que al N. N. O. de Huehuetoca, cerca de los cerros de Nochistongo. » (2)

Pero nada se hizo, y la opinión del cosmógrafo Domínguez debe de haber influido en el ánimo del virrey para no ejecutar lo proyectado.

En resumen: los trabajos llevados á término para libertar en el siglo XVI á la ciudad de México del peligro de las inundaciones, se limitaron en su mayor parte á reparar calzadas y construir diques como en tiempo de los indios: hubo también quienes propusieran remedios radicales, como Ruy González, Francisco Gudiel, Lorenzo Sánchez de Obregón y Claudio Arciniega; pero sus proyectos ó por difíciles en los medios de ejecución, ó por costosos, se desecharon: fueron sin embargo un paso avanzado en los trabajos seculares emprendidos desde la antigüedad, para hacer el verdadero desagüe del Valle de México.

(1) Colección de documentos inéditos para la Historia de España, tomo I, págs. 361 á 384.

(2) Ensayo Político de Nueva España, lib. III, cap. VIII.

III

La ciudad á principios del siglo XVII. — Abundancia de lluvias en 1604. — Inúndase de nuevo la ciudad. — Derrumbe de muchas casas. — Puentes provisionales de madera para andar por las calles. — Reparaciones en el antiguo albaradón de San Lázaro. — Se hace una nueva albarrada de tierra alrededor de la ciudad. — Composturas de las calzadas. — La de Guadalupe bajo el cuidado de Fr. Juan de Torquemada y la de San Cristóbal bajo la Dirección de Fr. Jerónimo de Zárate. — Falta de pago á los indios. — Claman los religiosos á su favor. — Reparación de las calzadas de San Antonio y Chapultepec bajo la dirección de los citados religiosos. — Se ordena el empedrar las calles y limpiar las acequias. — Cómo fueron retribuidos los indios en sus trabajos. — Propone el virrey se haga desagüe general. — Vista de ojos. — Medidas. — Proyecto y presupuestos presentados por los interventores. — Opónese el fiscal al desagüe proyectado. — Razones que expuso por escrito. — Se conforman con su parecer el Ayuntamiento, Cabildo eclesiástico, Consulado y demás interesados. — Auto del virrey y Audiencia ordenando no se hiciera el desagüe. — Reflexiones.



PRINCIPIOS del siglo XVII, la ciudad de México, capital de Nueva España, era la principal entre todas las de América, tanto por su población cuanto por la parte material de sus edificios.

Todavía en el siglo XVI habían quedado restos de la antigua ciudad azteca: todavía atravesaban muchos canales de agua las calles y plazas: todavía en los barrios se podía uno formar idea de las construcciones indígenas; pero á principios de la décimaséptima centuria, México se había transformado por completo, y el elemento español predominaba sobre el aborígene en habitaciones, calles, trajes y costumbres.

La parte material de la ciudad revestía gran importancia. Pausativamente se habían levantado sobre los escombros y últimos restos de los viejos palacios y *teocallis*, las casas reales, residencia de los virreyes y sitio donde se ejercitaban las funciones del gobierno; las casas de Cabildo, los portales de Mercaderes y de Sederos, nombres con que entonces se les conocía, la Catedral que poco

á poco elevaba su majestuosa mole, las casas del marqués del Valle, hoy Nacional Monte de Piedad, y una multitud de edificios suntuosos construídos por los descendientes de los conquistadores y de los encomenderos, por los hacendados y los dueños de minas, enriquecidos con las pingües rentas que disfrutaban.

La parte material consagrada á la beneficencia y culto era ya entonces muy notable. La piedad por un lado, pura y desinteresada, y por otro la esperanza de borrar los pecados cometidos legando fortunas cuantiosas para obras pías, junto con el afán demostrado por los indios para edificar templos después de su conversión verdadera ó aparente al Cristianismo, habían contribuído grandemente á erigir soberbios edificios, ya que no todos notables por su aspecto artístico, sí por lo sólido y costoso de su fábrica.

México, en los comienzos de la centuria á que hemos aludido, contaba cerca de doce conventos de frailes, otros tantos de monjas, media docena de hospitales, una Universidad, dos colegios para niños y niñas, y otros para la enseñanza de las carreras eclesiásticas, establecidos en los mismos conventos.

Las artes y los oficios, lo propio que el comercio, habían tomado gran incremento, y rara era la calle, dice un historiador coetáneo, en que no hubiese uno ó dos talleres, y dos ó tres tiendas, en los que se fabricaban y expendían muchos artefactos y mercancías de la tierra, y aun más allá de la traza, en los lejanos barrios habitados por los vencidos, los pobres indios en sus humildes chozas ó jacales, consagrábanse con ahinco á las artes y á la industria, para las cuales desde muy recientemente conquistados, demostraron gran disposición y habilidad, al grado que los mismos españoles á veces no podían distinguir á primera vista, cuáles objetos eran importados y cuáles fabricados en México. El comercio era activísimo, muchos y grandes capitales estaban invertidos, y como consecuencia de todo esto, el tráfico y las comunicaciones con el interior del país aumentaban cada vez más.

Considérese, en situación tan bonancible, el grave perjuicio que todos sufrirían, cuando casi olvidadas las inundaciones por los pacíficos habitantes de la ciudad, se hallaron de nuevo en peligro el año de 1604.

Llovió con tal abundancia por el mes de Agosto, que la laguna de México creció mucho, cubriendo las aguas todos los llanos de los alrededores y casi toda la ciudad, llegando el caso en algunas calles de verse obligados los vecinos á navegar en canoas, como testifica el historiador Fr. Juan de Torquemada, quien atravesó en una de ellas la calle de San Juan.

Olvidados como estaban los habitantes, de las antiguas inundaciones, habían edificado en sitios bajos, y fué este motivo de que en 1604 sufrieran grandes perjuicios, pues como el agua tardó en desaparecer más de un año, los cimientos se remojaron y se cayeron muchas casas, otras se desampararon, y en varias calles hubo que subirse el piso á fin de evitar la anegación.

Para facilitar el paso de una banqueta á otra, y en las bocacalles, se construyeron puentes provisionales de madera, «y parecia el dia del Juicio, dice un cronista, segun el tropel de Gente, que en esto andaba.»

Inmediatamente se procedió á reparar el albaradón construído en tiempo de D. Luis de Velasco, que se hallaba en estado muy ruinoso con motivo de que muchos tomaban piedra y tierra de él, como habían hecho con el antiguo de los indios.

Además, se cercó la ciudad con otro albaradón de tierra y estacado; y como siempre, fué á costa del trabajo impuesto á los indios de los barrios y de la comarca.

Pero las principales obras entonces ejecutadas, fueron las composturas de las calzadas, para lo cual hizo venir el virrey D. Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros, muchos indios desde veinte leguas á la redonda, pues no fueron suficientes los de la ciudad y alrededores.

Comenzóse por la reparación de la calzada antigua de Guadalupe, llamada en el siglo XVI, como ya hemos visto, de Tepeaquilla; y con el objeto de que los indios fueran humanamente tratados, pidió el virrey al padre comisario y provincial de la Orden de San Francisco, dos religiosos que se encargaran de esta tarea y de dirigir las obras.

Tocóle tener á su cargo la de Guadalupe al citado historiador Fr. Juan de Torquemada, que á la sazón era guardián del convento

de Santiago Tlatelolco y tenía en obra la iglesia, el cual asegura que duró la reparación de esta calzada cinco meses, trabajando diariamente de mil quinientos á dos mil peones. «Levantóse la Calçada de Piedra, y Tierra, que se traía por Agua en Canoas, media legua, y vna de ella, dos varas en alto, y tiene diez y ocho, y veinte en partes, de ancho; las Paredes eran de Barro, y Piedra, y por la parte de fuera toda Estacada de muchas, y mui espesas Estacas. Andaban algunos Españoles Sobre-Estantes, y todos no se daban mano á ir por Gente á sus Pueblos, y dar priesa á los que trabajaban: lo que en esta Obra padecimos, solo Dios lo sabe, por quien se deben hacer todas las cosas, y más interviniendo necesidad, y vtilidad de República.»

La reparación de la calzada de San Cristóbal estuvo á cargo del otro religioso franciscano, Fr. Jerónimo de Zárate, guardián del convento de Cuauhnahuac, y fué obra de más labor y costo que la de Guadalupe. Sin embargo, según refiere Torquemada, al principio no se les pagaba á los peones ni se les daba de comer, y sólo la pasaban con lo que cada uno traía de sus pueblos; pero clamaron entonces los religiosos encargados de la dirección, y pasado algún tiempo se reunieron en junta el virrey, la Audiencia, los prelaos de las Ordenes, los dos citados Torquemada y Zárate, y salió acordado que se les diera á los indios algo para sus comidas, á cuenta de lo que se les había de pagar una vez concluída su tarea.

La distribución de las cantidades acordadas se hacía los sábados, por ministros del rey al efecto nombrados, y en presencia de cada religioso encargado de las obras se les daba, en la misma calzada, «la cantidad, que conforme al número de la Gente de cada Pueblo, le parecia al Religioso, que era necesaria, y por librança suia se les daba en el Alhondiga donde con particular providencia estaba proveido, Sal, Chile, Tomates, y otras cosas, que eran para su sustento.»

A continuación se repusieron y levantaron también las calzadas de San Antonio Abad, que iba desde México hasta Xochimilco, y de Chapultepec, desde el barrio de San Juan hasta el bosque, habiendo estado la compostura á cargo respectivamente de los

padres Zárate y Torquemada. Por último, se empedraron de nuevo las calles, levantando el piso de las que estaban bajas, y se procedió á la limpia de las acequias de la ciudad.

«Hecho todo esto, concluye Torquemada, se les fue tasando el trabajo (á los indios) por varas, porque cada Pueblo trabajaba en lugar distinto, y conocido, y repartido por varas, y conforme les cupo se les fue señalando la paga: esta se ordenó, que fuese al Pueblo en comun, escalándoseles del recargo de los Tributos; de manera que si debian pagaron con aquello, y solo llevaron en plata el socorro, que se les fue haciendo.» (1)

Todos elogiaron el celo y actividad que en bien de los habitantes de México había desplegado el virrey marqués de Montesclaros; pero él no se conformó con esto, sino que intentó una vez más, aunque sin fruto, el llevar á cabo el desagüe general, ya proyectado como hemos visto en los gobiernos de sus antecesores D. Luis de Velasco el primero y de D. Martín Enríquez. Para conseguirlo encareció la necesidad de efectuarlo ante el Real Acuerdo, y las diligencias tanto ordinarias como extraordinarias que había practicado él mismo en persona, y otras por su mandato. Se acordó practicar una vista de ojos, á la que habían de asistir el virrey, cuatro oidores designados por éste, el fiscal, el Ayuntamiento, diputados que en su representación nombraran el arzobispo, el Cabildo eclesiástico, el prior y Cónsules del comercio, y otras personas interesadas en el asunto. Se mandó asistieran también los maestros de arquitectura y los cosmógrafos, á los que se exigió juramento en el cumplimiento de su deber.

Todos los dichos se embarcaron en la calzada de San Cristóbal, comenzando sus medidas desde el molino de Ontiveros, río arriba, hasta el puente de Xaltocan. Prosiguieron por el recodo de la laguna de Citlaltepec, y no pudiendo continuar la medida «por agua, y tierra, por los pantanos que avia, se hizo por el ayre valiéndose del cuadrante hasta el punto de Santa Maria Atenco, y desde aquí por tierra se siguió midiendo hasta el puerto camino Real del pueblo de Gueguetoca, y hasta la cumbre del pueblo de

(1) *Monarquía Indiana*, lib. V, cap. LX.